

Editorial

Juicio político sobre las elecciones 2003

Un juicio apresurado que interpretase el resultado de las elecciones municipales y legislativas del 16 de marzo como un triunfo aplastante del FMLN sobre su contrincante principal, ARENA, sería equívoco. Sin embargo, es lo que aquel partido tiende a afirmar y lo que han recogido algunos titulares de la prensa poco precavida. Algunos de sus dirigentes históricos están tan convencidos de su triunfo que, la misma noche de las elecciones y de forma prematura, lanzaron la candidatura de uno de ellos. Para quienes así piensan, estas elecciones poseen el valor de un referéndum, el cual les estaría dando vía libre para las elecciones presidenciales del próximo año.

Si los resultados de estas elecciones se leen desde la perspectiva de la lucha que mantienen los representantes tradicionales de la derecha y la izquierda, ARENA y el FMLN, este último habría salido favorecido; pero si son leídos desde una perspectiva política más amplia, el partido ganador es el de Conciliación Nacional. No conviene, pues, precipitarse o dejarse llevar por las apariencias.

1. Balance de unos resultados atípicos

En comparación con las elecciones de la transición, los resultados de las del 16 de marzo son atípicos. El comportamiento del cuerpo electoral muestra variaciones importantes, en relación con los patrones observados, desde 1992. Según los datos oficiales, la votación general habría aumentado en un 17.7 por ciento, en relación con la de la última elección del año 2000. Sin embargo, la distribución de este aumento no es uniforme. El mayor crecimiento ocurre en los extremos del país —La Unión, Morazán y Ahuachapán. En los departamentos más urbanizados —Santa Ana, San Miguel y La Libertad—, ese crecimiento es moderado y en el de San Salvador es leve. Ahora bien, al considerar la variación de la población en edad de votar, entre el año

2000 y 2003, el aumento experimentado es un poco más del dos por ciento (2.1%). Es decir, la abstención se redujo en apenas dos puntos porcentuales, lo cual significa que más del 60 por ciento de la población en edad de votar se abstuvo. Es la mayoría que opina, según la encuesta preelectoral del IUDOP, que los partidos no trabajan para ella, que las elecciones no contribuyen a cambiar su situación, que dice no tener interés en votar, que cree que hay fraude y que, en definitiva, se muestra indiferente respecto al tipo de régimen e incluso preferiría uno autoritario —si le resuelve su problema económico y le garantiza la seguridad ciudadana. Este fenómeno se da en un contexto más amplio de descrédito de los políticos, sus partidos y sus instituciones

Los registros del Tribunal Supremo Electoral, en efecto, no parecen ser muy confiables. De acuerdo con ellos, el total de votos válidos emitidos habría experimentado un crecimiento inexplicable de unos 86 mil votos, en comparación con el del año 2000. Es cierto que a estas alturas, las autoridades todavía no han podido entregar los datos definitivos, en los cuales un ajuste podría hacer desaparecer esa inconsistencia. Llama mucho la atención que el patrón de votos emitidos se haya comportado de la forma esperada hasta llegar al registro del último tramo de actas —entre el 10 y el 15 por ciento. A partir de aquí, el patrón mostró desajustes hacia arriba y el panorama cambió de una manera significativa. Los registros oficiales no coinciden con las trayectorias históricas de los partidos, en algunos departamentos, donde el total de votos recibidos muestra crecimientos sorprendentes. Así, resulta que el mayor crecimiento relativo del FMLN ocurre en los departamentos paracentrales, en especial en Cabañas, pero también en La Unión, regiones donde ese partido no había conseguido penetrar hasta ahora. Este comportamiento anómalo se observa también en la votación total de los otros partidos. Es probable que esta variación esté relacionada con los crecimientos que todos ellos experimentaron, de tal manera que casi se podría decir que ninguno perdió, sino que, al contrario, todos ganaron. Pero sin que esas ganancias hayan afectado la distribución del poder, excepto en el caso del Partido de Conciliación Nacional, el cual es muy probable que, gracias a ellas, haya obtenido uno o dos escaños legislativos adicionales. Los partidos pequeños, en cambio, sí se vieron afectados. En cada elección, por lo general, al menos uno de ellos sobrevive, pero, en esta ocasión, ninguno pudo hacerlo. Es como si los otros se hubieran puesto de acuerdo para eliminarlos del panorama político.

ARENA, con todo, es el partido que más ha perdido, si el resultado obtenido se juzga desde sus expectativas, al iniciar su campaña. En el ámbito nacional, apenas creció un poco más del dos por ciento —su mayor crecimiento relativo ocurrió en los departamentos de Ahuachapán y La Libertad. Su contrincante principal, en cambio, creció casi cinco veces más que él. Aunque los dos perdieron votos en el departamento de San Salvador, ARENA fue el que más perdió. También perdió votos, en Santa Ana y San Vicente. No ganó la alcaldía más emblemática —San Salvador—, cuando

pudo hacerlo con relativa facilidad, puesto que presentó una candidata muy popular. Ni ganó ninguna de las alcaldías importantes del área metropolitana. Es cierto que bajo su control quedó el mayor número de alcaldías, pero no las más pobladas. En lugar de conseguir más escaños legislativos, perdió dos. En la práctica, ésta es la pérdida más importante, porque ello lo obliga a seguir dependiendo de su aliado natural —el Partido de Conciliación Nacional— para alcanzar la mayoría simple. Es una alianza muy necesaria, pero cada vez es más pesada, porque aquél, consciente de su utilidad, vende a un precio muy elevado sus votos. El problema es mayor



en el caso de la mayoría cualificada —necesaria para aprobar los préstamos y el presupuesto general y para elegir a los magistrados de la Corte Suprema de Justicia, la Procuradora para la Defensa de los Derechos Humanos y el Fiscal y el Procurador General. Aquí necesita el concurso del FMLN. ARENA es, en suma, un partido perdedor, pero sin que esto signifique menospreciar su poder para continuar dirigiendo los destinos de la población salvadoreña.

El FMLN, en cambio, se ha proclamado como el gran vencedor. Sin duda, sale fortalecido de estas elecciones: creció casi cinco veces más que ARENA, obtuvo el mismo número de escaños que en la elección pasada y quienes los van a ocupar ofrecen mayor garantía de fidelidad a la línea del partido que los diputados electos hace tres años, y conservó las alcaldías principales del área metropolitana, aunque en los departamentos su desempeño fue variado. Exceptuando algunos pocos casos, en el interior del país, estos logros los alcanzó sin necesidad de coaligarse, poco después de una crisis interna, provocada por la expulsión de su candidato más popular, y, en el caso de la alcaldía de San Salvador, con una candidatura improvisada y en contra de una adversaria mucho más aceptada —debido a tres años de abundante publicidad. El FMLN ganó lo que más le interesaba, aunque tal vez no obtuvo todo lo que esperaba. Esta sensación de triunfo y fortaleza fue lo que llevó a uno de sus dirigentes históricos a lanzar su candidatura presidencial, la misma noche de las elecciones.

El análisis frío de los datos, sin embargo, no da pie para el entusiasmo desbordado. El FMLN, al igual que su adversario principal, también perdió votos en el departamento de San Salvador, considerado como su bastión principal, y en el de La Libertad. El partido que más ganó en este departamento fue el Centro Democrático Unido. Es probable que los votos perdidos por los dos partidos de los extremos hayan ido a parar a los pequeños. Es cierto que la votación nacional del FMLN creció en más del 11 por ciento, pero, en términos relativos, es el segundo partido que menos creció, después de ARENA. Es más, sus crecimientos relativos más importantes ocurren en departamentos donde no tiene trayectoria. También creció en los departamentos de Santa Ana, San Miguel y Usulután, pero disminuyó en los de Sonsonate y Ahuachapán, considerados su segundo bastión, después de San Salvador. En el mejor de los casos, si los datos del Tribunal Supremo Electoral son sólidos, la conducta del cuerpo electoral ha sido demasiado atípica como para sacar conclusiones válidas sobre las cuales proyectar el resultado de las elecciones presidenciales del año próximo. En San Salvador, ganó el partido que perdió menos votos; pero en el interior, ganó el que creció más.

El partido que más creció y, por lo tanto, el que más ganó, en el interior y en el país entero, fue el de Conciliación Nacional. En efecto, este partido experimentó un crecimiento sustancial —más de 81 mil votos—, sobre todo en los departamentos de San Miguel, San Vicente, Chalatenango y Ahuachapán. En San Salvador, su crecimiento fue más pequeño, pero, a diferencia de los dos grandes, no perdió, sino que ganó —un poco más del 21 por ciento. Así, en una década, este partido ha duplicado su caudal de votos. De esta manera, Conciliación Nacional agregó dos escaños legislativos a los que ya tenía y controla 53 alcaldías. Los números, por lo tanto, desautorizan a quienes, en actitud defensiva, sostienen que este partido obtiene escaños gracias al buen uso que sabe hacer del sistema de cociente y residuo. En realidad, los escaños se los debe más a quienes votan por él, que al sistema por el cual éstos son asignados. La experiencia enseña que cuando a ARENA le va mal, al Partido de Conciliación Nacional le va bien.

Tal vez su populismo pese más que su desprestigio, en las zonas menos urbanizadas del país, donde se concentra su voto. De lo que no cabe duda es que su dirigencia gestiona con mucha eficacia las relaciones clientelares, en el ámbito local, tanto que su campaña no descansa en los medios de comunicación, sino en su trabajo de campo. Sus dirigentes saben moverse en los vericuetos de la política y del poder local. Es así como, en la actualidad, sus votos en la Asamblea Legislativa son indispensables para cualesquiera de los dos partidos grandes de los extremos, que necesite la mayoría. Tiene menos escaños que cada uno de ellos por separado, pero posee los suficientes como para volverse indispensable. Lo más probable es que tienda a inclinarse más por ARENA que por el FMLN, puesto que los dos son de derecha y ambos cuentan con una larga experiencia de estrecha colaboración. Las municipali

dades que gobernará tienen una importancia relativa, pues parecen ser más útiles como plataformas para mantener sus relaciones clientelares con el liderazgo local, de donde el partido deriva su poder nacional. Los votos del Partido de Conciliación Nacional podrían ser muy valiosos, para cualesquiera de los dos partidos grandes, si la elección presidencial del próximo año se decide en segunda vuelta, lo cual es probable.

El Centro Democrático Unido es el segundo partido que más creció, en el ámbito nacional. Este crecimiento se concentra en los departamentos de San Salvador, Sonsonate y La Libertad —aunque perdió votos en Morazán, San Vicente, Cabañas y Chalatenango. En consecuencia, obtuvo cinco escaños, todos ellos asignados al área metropolitana. Este crecimiento es notable, si se considera que las dos candidaturas —la de Héctor Silva y Héctor Dada— que atrajeron estos votos sólo contaron con escasos dos meses para identificar sus nombres y sus trayectorias con los colores del partido. Cabe destacar también que el crecimiento lo experimenta en una elección en la cual se suele votar por el partido y no por los candidatos. Es probable que bastantes votos hayan sido restados a la elección de diputados del FMLN, pero son los mismos que, en parte, permitieron a este último desempatar a su favor la alcaldía de San Salvador. Ahora bien, el reparto de los escaños de la nueva Asamblea Legislativa deja al Centro Democrático Unido un margen de maniobra casi nulo para contribuir a disminuir la polarización predominante entre los grandes; sin embargo, tiene mucho potencial para contribuir a elevar el nivel de la discusión legislativa, para mediar entre los tres partidos grandes, en asuntos de trascendencia nacional, y para empujarlos a la negociación y la concertación. De todas maneras, su eficacia depende de su habilidad política y del poder de convocatoria de sus dos diputados más populares. Aunque su misión no es fácil, es muy importante para la democratización de unos partidos acostumbrados a imponerse por la simple mayoría de los números.

La democracia cristiana, aunque creció de forma moderada, perdió de manera significativa ahí donde los partidos de Conciliación Nacional y FMLN crecieron más —San Miguel, San Vicente y Cabañas. El crecimiento lo experimentó en los departamentos de Chalatenango, Cuscatlán y Morazán. Por lo tanto, su dirección no pudo cumplir con su promesa de colocar de nuevo al partido en su posición anterior. En realidad, esa promesa carecía de fundamento, pues es absurdo pensar que un partido demócrata cristiano puede salir adelante con una dirección de corte liberal tradicional. Aparte de los estragos que la corrupción de sus dirigentes anteriores hizo en las estructuras partidarias. Tampoco es ético que su dirigencia actual haya sido señalada hace diez años por la Comisión de la Verdad como encubridora de crímenes de humanidad. Sólo con mucha dificultad se puede sostener que este partido sea fiel a su vocación democrática y cristiana. Tampoco tiene el potencial del Centro Democrático Unido.

En la lista de los perdedores están los seis partidos que han desaparecido por no haber captado el mínimo de votos establecido por la ley, aunque, en términos absolutos, crecieron e incluso crecieron más que los demás, excepto el de Conciliación Nacional. No obstante, no les favoreció la distribución del voto. Es normal, por tanto, que algunas de sus dirigencias se hayan mostrado sorprendidas ante unos resultados tan magros. Estaban tan convencidas de su causa que, al parecer, no previeron la falta de voluntad de la población. Una de las bajas más paradójicas es la del Movimiento Renovador, el cual consiguió el estatuto de partido a cambio de entregar sus votos legislativos a ARENA. A juzgar por el resultado, el precio pagado fue alto.

La lista de los perdedores es más amplia, pues en ella hay que colocar a algunas de las empresas mediáticas más poderosas y al pueblo salvadoreño. Esas empresas, durante meses, dedicaron espacios amplios a promover las candidaturas de ARENA, al mismo tiempo que denigraban con gran intensidad, unas más que otras, claro está, las del FMLN y del Centro Democrático Unido. La campaña alcanzó tal intensidad que estas empresas, muy pagadas de su objetividad e independencia, perdieron la cordura y mostraron sin escrúpulo sus preferencias partidarias no sólo en sus editoriales, sino también en sus titulares, notas informativas, ilustraciones y en la cantidad de espacio dedicada a las candidaturas. No obstante el denodado esfuerzo que hicieron por apoyar al partido de gobierno, su campaña no produjo el efecto buscado en la población. La distribución de los votos, incluida la abstención, es un interesante indicador de su limitada capacidad para influenciar la opinión pública. Esta mostró más independencia de juicio de la que las elites están dispuestas a concederle. De lo contrario, ARENA no estaría en crisis. El costo pagado por estas empresas ha sido elevado, pues su credibilidad ante la opinión pública ha caído de manera sensible. Hasta no hace mucho, sus medios de prensa y la Iglesia católica eran considerados como las instituciones más creíbles y confiables. Pero esto ya no es así y se comienza a reflejar en sus ventas.

[...] si los datos del Tribunal Supremo Electoral son sólidos,
la conducta del cuerpo electoral ha sido demasiado atípica
como para sacar conclusiones válidas sobre las cuales proyectar
el resultado de las elecciones presidenciales del año próximo.

En San Salvador, ganó el partido que perdió menos votos;
pero en el interior, ganó el que creció más.

El pueblo salvadoreño también perdió. Este, por lo general, piensa que al abstenerse, castiga a los partidos políticos. Pero, en realidad, quien más pierde es él mismo, puesto que deja en manos de una minoría la decisión sobre

la distribución del poder del Estado. La abstención limita la representatividad de los elegidos y deja en manos de un reducido grupo el destino de los demás. Quizás porque cree, erróneamente, que la decisión de éste no lo afecta. Los partidos de la derecha, por su lado, temen a una votación masiva y, por eso, se niegan a facilitarla. Se imaginan, sin fundamento sólido, que no tendrían suficiente control sobre ella. No obstante este temor carece de fundamento empírico, pues existen indicios que apuntan a que una votación de esta naturaleza favorecería más ARENA que al FMLN. Es paradójico, entonces, que sea el temor inveterado a la gente el que paralice a la derecha, la cual no se atreve a adoptar una medida que, con toda probabilidad, la favorecería más que a su contrario. En realidad, el voto que pone en peligro su hegemonía es el voto informado y activo. Una votación masiva con estas características podría haber alterado mucho más la correlación de fuerzas de los partidos en la Asamblea Legislativa y podría, asimismo, haber forzado a los grandes a buscar consensos entre ellos. Hubiera sido una valiosa contribución a la despolarización de la actividad política y, en consecuencia, también de la sociedad.

En El Salvador hay pocos espacios democráticos y las elecciones es uno de ellos. Los partidos salvadoreños, unos con más conciencia que otros, los de derecha más que el resto, han conseguido mantener alejada a la masa del cuerpo electoral de las urnas. Sin embargo, es comprensible que la mayoría se resista a votar: debe desplazarse, a veces distancias largas y mal comunicadas; debe someterse a un proceso que le resulta incomprensible por su complejidad y sobre el cual se cierne la sospecha del fraude, confirmada por el desorden y la lentitud con la cual se dan a conocer los resultados; pero sobre todo porque cree que, en la práctica, es imposible que las promesas hechas por los candidatos y sus partidos puedan transformar de manera importante su vida. Es cínico insistir en el deber de votar y no exigir a los dirigentes políticos el cumplimiento de sus promesas de campaña con la misma fuerza. Al votar pocos, queda abierta la puerta para que los elegidos y sus partidos hagan de las suyas.

2. Interpretación del balance

Si bien todos los partidos que sobrevivieron a las elecciones del 16 de marzo aumentaron su total de votos, según los registros del Tribunal Supremo Electoral, la mayoría de la ciudadanía se abstuvo. Dentro de este crecimiento generalizado de votos, los dos partidos de los extremos fueron los menos atractivos. El total del crecimiento de ARENA y del FMLN asciende a casi 60 mil votos —equivalentes al 6 por ciento de la votación total—, mientras que el crecimiento combinado de los otros partidos suma 151 mil votos —equivalentes al 45 por ciento. Es decir, los partidos que no han contribuido a la polarización de manera directa, movilizaron más votos nuevos a su favor que los dos protagonistas de ésta. Quizás este cambio de patrón, registrado en los puntos más alejados del centro del país, sea el

primer paso a favor de la despolarización, provocado por el pobre desempeño de ARENA. Otra hipótesis es que estos crecimientos estarían asociados a la disputa de los gobiernos locales, lo cual se explicaría por el protagonismo mayor de éstos. Si esto fuera cierto, el gobierno local habría adquirido un papel relevante, en la configuración de la política nacional.

ARENA y el FMLN muestran señales de agotamiento, es decir, habrían alcanzado su techo. La población parece haber dejado en claro qué rechaza, pero también qué es de su agrado. Los candidatos de estos dos partidos, por lo general, pierden votos, en la medida en que se identifican con sus símbolos tradicionales y los ganan, en la medida en que se alejan de ellos. En cambio, los dos candidatos más populares del Centro Democrático Unido (Silva y Dada) hicieron que este partido experimentase un crecimiento relativamente importante, en muy poco tiempo. La candidatura de ARENA para la alcaldía de San Salvador es paradigmática, en este mismo sentido. Con casi el doble de popularidad que su adversario del FMLN, éste se acabó imponiendo. La candidata gustaba, pero no el partido. En realidad, ella se encontraba en una situación paradójica. Fue presentada como evidencia de la apertura de ARENA a la novedad, pero al no provenir de los círculos del partido, los sectores más tradicionales y duros no la aceptaron. En un afán por demostrar que era una de ellos, se esforzó por identificarse con los símbolos de ARENA; pero eso mismo le impidió ganar, pues le alienó el voto potencial, el cual no vio en ella la novedad anunciada, sino más de lo mismo. De las candidaturas más destacadas de ARENA por los aires de apertura y renovación que anunciaban, sólo la de la alcaldía de San Miguel triunfó, justo, la que no siguió el guión del partido.

Se puede objetar que este no es el caso del FMLN, puesto que habría experimentado un crecimiento extraordinario, en la elección recién pasada, pese a que las condiciones generales no le eran del todo favorables. Sin embargo, esto debe ser analizado con cautela. Es difícil, al menos por el momento, dilucidar cuánto de ese crecimiento es debido a una adhesión positiva a su línea y cuánto obedece a un rechazo a ARENA y su gobierno, e incluso a la ausencia de alternativa. En el caso de la alcaldía de San Salvador es claro que el desempate a favor del FMLN fue posible, en parte, por el voto de rechazo a ARENA más que por una valoración positiva de su propuesta; y, en parte, por el traslado al municipio capitalino de electores procedentes de sitios donde de antemano dio por perdida la elección. Aun así, el FMLN perdió votos en San Salvador. No hay que olvidar que el voto de este partido se concentra en el área metropolitana, que tiene adeptos en occidente y en la zona norte, pero pocos votaban por él, en las zonas paracentral y oriental, más en las zonas urbanas que en las rurales, y más en los estratos medios y medios altos y obreros que en los de ingresos más bajos —según las encuestas del Instituto Universitario de Opinión Pública de la UCA.

Es cierto que el FMLN recuperó el número de diputados que obtuvo hace tres años, pero sin una gran habilidad política para negociar, experimentará serias dificultades para hacerse visible y sobre todo para demostrar su eficacia legislativa. Aun cuando puede contar con su fortaleza partidaria, en las circunstancias actuales, no es claro cómo podría ganar una elección presidencial, apoyado sólo en su voto duro. Pues de la misma forma que una gran alianza contra ARENA podría llevarlo al poder ejecutivo, también hay que considerar otra gran alianza de la derecha para impedirlo. Esto en un contexto en el cual la población se suele comportar de una forma menos progresista. Otra posibilidad, aunque muy remota, es que el Partido de Conciliación Nacional lograra quebrar el voto duro de ARENA, lo cual facilitaría el triunfo del FMLN. Esta posibilidad no es del todo descabellada, porque a la mitad del electorado salvadoreño le da casi lo mismo votar por uno u otro partido de derecha. Una tercera posibilidad, en el contexto de una alianza amplia, es la asociación del FMLN con el Partido de Conciliación Nacional, la cual, a primera vista, puede parecer inverosímil, pero no lo es tanto, si se considera el populismo que ambos profesan. Por el otro lado, ARENA se esforzará por absorber o neutralizar a su aliado histórico.

Aun así, el FMLN tiene posibilidad real para llegar a la presidencia del poder ejecutivo, en la elección presidencial del próximo año, y su adversario principal así lo ha percibido ya. Mientras el primero se dedica con intensidad a buscar la fórmula ideal, el segundo es víctima del miedo. Sin embargo,



no hay que perder de vista que el actor principal de esta novedad no será tanto el partido como la ciudadanía, la cual da señales inconfundibles de estar dispuesta a desafiar el poder del gran capital, de su partido y su gobierno. La cuestión que ARENA se ha planteado no es, por lo tanto, cómo contribuir de manera rápida y eficaz a disminuir la pobreza, sino cómo impedir que la voluntad popular le entregue a la oposición el poder ejecutivo. La consecuencia electoral del rechazo de la gente ha sido el detonante para que ARENA se detuviera a recapacitar sobre su presente y su futuro inmediato. En este sentido, ha interpretado bien las pretensiones de esa voluntad desafiante. En consecuencia, para convencerla de que su mejor opción en el poder ejecutivo sigue siendo ARENA, se apura para desarrollar un paquete de medidas económicas de emergencia, pues el calendario electoral se mueve en contra suya. Esta es la mejor prueba de que ARENA no ha gobernado para la gente. Los cambios que el partido de gobierno vaya a introducir en su organización y en sus políticas, en los próximos meses, están motivados por el miedo al rechazo de la población, en las urnas.

El agotamiento de los partidos, y en particular de ARENA y del FMLN, se palpa también en la cantidad y variedad de propuestas que presentaron durante la campaña con el propósito de transformar el país y los municipios. Así como las hubo en abundancia, la mayoría de ellas es maximalista y, por lo tanto, inviable. El hecho, en sí mismo, es un síntoma de la crisis de legitimidad que experimentan políticos y partidos por igual. Con esas promesas intentaron, equívocamente, sobreponerse a la crisis de confianza y credibilidad; pero al no poder concretarlas, en el mediano plazo, sólo conseguirán agravar ésta. Esas promesas no resisten un análisis serio. Aunque las de ARENA son más verosímiles, puesto que controla el poder ejecutivo, la falsedad de su diagnóstico sobre lo ocurrido en los últimos cuatro años difumina esta ventaja. En efecto, su discurso atribuye al FMLN el deterioro de las condiciones de vida, como si éste fuera el responsable principal de la política nacional. Pero es que, además, su discurso es contradictorio, porque también sostiene que cumplió su programa legislativo casi en su totalidad. Una vez más se evidencia el espejismo del planteamiento económico de ARENA. Por otro lado, los datos contradicen sus valoraciones: crecimiento lento, incremento del déficit fiscal, de la balanza comercial y del endeudamiento, comprobación empírica de que el dólar carece de capacidad para reactivar la economía, etc. Las posibilidades que pudiera brindar el tratado de libre comercio con Estados Unidos para este propósito son una simple ilusión. Aun así, ARENA asegura tener las soluciones adecuadas para la delincuencia, el estancamiento de la economía y el elevado desempleo. También prometió resolver los problemas del agro, pero es evidente que éstos no constituyen una preocupación para la dirección del gobierno, ni para la del partido. Asimismo, prometió, de nuevo, no privatizar la salud, pero sin éxito. Los candidatos a alcaldes también hicieron promesas desproporcionadas para sus competencias y recursos, las cuales no van a ser ampliadas a corto plazo, pues no hay voluntad para descentralizar.

En cambio, el FMLN tiene un excelente diagnóstico del estado en el que el país se encuentra, pero sus propuestas omiten objetivos claros, costos y plazos. Ante los resultados obtenidos el 16 de marzo, sus dirigentes se han visto obligados a hacer a un lado uno de sus discursos más escuchados durante la campaña. A lo largo de ella, enfatizaron que eran el único partido consecuente, el único que podía defender los intereses populares y el único que podría solucionar los problemas de los salvadoreños. Si esto fuera cierto, no habría solución posible hasta que la inmensa mayoría de la población votase por las listas del FMLN, en todo el país. Pero la realidad se ha impuesto y ha dado paso a la búsqueda de alianzas para sacar adelante las prioridades de su agenda de promesas electorales. El único partido que tiene los votos para ello y que podría ayudarlo es el de Conciliación Nacional. El populismo de ambos hace viable dicha alianza, aunque el FMLN corre el riesgo de caer en los vicios de este último partido: decidir para favorecer a un determinado sector sólo porque se cuenta con su apoyo, aun cuando lo dispuesto sea contrario al bien general, disposición para entregar sus votos al mejor postor, etc., en una palabra, corrupción. ARENA no permanecerá en la pasividad. Lo obvio es que trate de impedir esa alianza y ofrezca al Partido de Conciliación Nacional más que el FMLN. En definitiva, la debilidad de los dos partidos de los extremos lo coloca en una posición única para ejercer el poder. El país estaría mejor servido si estos tres partidos elaboraran una agenda legislativa común para los próximos tres años y se mantuvieran fieles a ella —lo cual es muy remoto. Lo más seguro es que los tres continúen enzarzados en sus pequeñas grandes batallas, sin que ninguno consiga al final influir en las políticas nacionales.

ARENA tiene razones suficientes para considerarse el gran perdedor de estas elecciones. Aunque, en un primer momento, intentó poner su mejor cara para restar importancia a su fracaso, a sus dirigentes no les quedó otra alternativa que reconocerlo y aceptar que el partido estaba en crisis. En consecuencia, se dieron a la tarea de evaluar y reorganizar el partido y el gobierno. No obstante sus dirigentes no tienen claridad sobre su verdadera debilidad y tienden a confundir los mecanismos con las causas. En lugar de enfrentar el impacto negativo de las políticas gubernamentales en la población, se inclinan a discutir la renovación de la dirección del partido, la introducción de elecciones primarias, la modificación de la conducta de sus diputados, etc. El abandono de la agricultura, la de exportación y la de subsistencia, pero también las privatizaciones, una política social muy poco efectiva, el autoritarismo en la forma de ejercer el poder, la incapacidad para escuchar a los diversos sectores sociales y para negociar políticas nacionales, el apoyo incondicional a la política exterior de Estados Unidos, en particular la invasión a Irak están más relacionados con el resultado de las elecciones que los mecanismos internos del partido. No es, pues, una cuestión de falta de publicidad, ni mucho menos de si se usaron o no los símbolos del parti

do; tampoco es una insistencia desproporcionada en la macroeconomía, a costa de la política social, sino de que los gobiernos de ARENA, el actual más que los dos anteriores, han adolecido de una política social. Sin una revisión a fondo de las políticas nacionales actuales y sin abandonar la agresividad prepotente, tan característica de este partido desde su fundación, los otros cambios que se puedan introducir, tendrán un alcance limitado.

La estrategia de las caras nuevas no funcionó tal como ARENA esperaba. En parte por su descrédito general, sobre todo entre el voto más informado y activo, por la improvisación de algunas de estas candidaturas y por su identificación excesiva con el estereotipo del partido. En cambio, esta estrategia dio buenos frutos para el Centro Democrático Unido, cuyos dos candidatos a diputados más populares le dieron cinco escaños legislativos y una tercera posición sólida, en la cantidad de votos recibidos, en el municipio de San Salvador. El elector no responde sólo a las caras nuevas, ni tampoco a las promesas —en pocas campañas como en la pasada ha habido tantas promesas—, sino al surgimiento de alternativas reales de cambio social. Bastantes electores vieron en estos candidatos una posibilidad con gran potencial para articular las diferentes demandas sociales. En poco tiempo, cuando los otros ya habían decidido sus candidaturas, y a pesar de haber sido blanco de un ataque sistemático por parte de la prensa asociada a ARENA, prevaleció la credibilidad y consiguieron diez mil votos adicionales —en una elección donde predomina el partido y no la personalidad.

Ahora bien, el futuro de una alternativa de centro es crítico. Por un lado, el partido debe decidir si fortalece su organización y extiende su actividad fuera del área metropolitana y, por el otro, para cumplir con su promesa de rescatar la dignidad de la Asamblea Legislativa, sus diputados deberán trabajar duro contra la corriente, puesto que ahí las decisiones son tomadas por los dirigentes de los partidos, en pequeñas comisiones, en el mejor de los casos, o por sus secretarios generales, en el peor. Además, a esas decisiones no se llega después de una discusión o por convencimiento mutuo, sino en respuesta a los intereses de cada partido. Para prevalecer como alternativa y no defraudar, sus dirigentes deben evitar cometer los errores del pasado reciente. El sector profesional, del cual proviene la mayoría del voto conseguido, es muy crítico de la politiquería y la polarización. De todas maneras, el papel del Centro Democrático Unido y sus candidaturas es un desafío para los partidos tradicionales. Los cuestiona sobre el tipo de candidatos que la ciudadanía exige y sobre cómo se pueden construir candidaturas exitosas —más allá del voto duro. La diferencia la hace un voto más activo, más informado y menos ingenuo —el cual se concentra en la zona metropolitana. Mientras que los partidos de la derecha descansan más en el voto pasivo, menos educado y más ingenuo, que se encuentra fuera de esta zona. Es normal que una alternativa política que cuestiona las prácticas de los partidos grandes más tradicionales cause incomodidad e incluso rechazo, puesto que se puede llegar a

convertir en un competidor exitoso y, en este sentido, en una amenaza para su hegemonía.

La concepción que los partidos tienen del elector es errada. Por lo general, unos más que otros, todos ellos tienden a pensar que es pasivo o que carece de criterio. Por lo tanto, piensan que lo que éste haga o deje de hacer depende de las influencias que ellos puedan ejercer sobre él. Así, hay dos hechos que los partidos explican de esta manera equívoca. El primero de ellos es el aumento, ciertamente, llamativo de los escaños del Partido de Conciliación Nacional. La opinión corriente lo atribuye al mecanismo establecido para seleccionar a los diputados, pero a quienes así opinan se les olvida que ese partido aumenta su número de representantes debido al voto del elector. La proporcionalidad y la representatividad de cualquier mecanismo son discutibles, pero en este caso, lo determinante es la voluntad de la ciudadanía. El otro hecho es la opinión predominante en los círculos dirigentes de ARENA, que atribuyen su fracaso a los mecanismos internos y a la propaganda —himno, colores, etc.—, cuando, en realidad, de nuevo, es la voluntad de la ciudadanía la que, al final, decidió el resultado que ahora lamentan. Si de alguien ARENA puede considerarse víctima, no es de las estrategias de los otros partidos, sino de sus propias políticas de gobierno, que han llevado a la ciudadanía a negarle su voto. Si las estrategias y la propaganda de los otros partidos influyen a la ciudadanía es simplemente porque encuentran eco en ella. Pero a ésta se la tiende a ver como un simple juguete de los estrategas de las campañas y, por supuesto, de su propaganda. De esta manera, se le niega a la población la capacidad de pensamiento y criterio propio. Así, pues, se constata cierta resistencia a aceptar que, en este reducido espacio democrático que son las elecciones, la población ejercita cierto grado no menospreciable de libertad.

El desarrollo del proceso electoral no sólo puso en evidencia la inoperancia de la institución encargada del mismo, el Tribunal Supremo Electoral, sino que también lo debilitó más aún. La forma en que esta institución actuó a lo largo del proceso arroja serias dudas sobre la limpieza de los resultados finales. El Tribunal Supremo Electoral no pudo entregar los resultados preliminares, sino hasta una semana después de las elecciones, y los definitivos todavía no han sido publicados. Toleró, impotente, una serie de violaciones a la normativa electoral: los partidos iniciaron su campaña antes del plazo establecido y la continuaron después del periodo permitido; asimismo, la desplegaron en lugares prohibidos —en espacios públicos y privados y en los centros de votación—; el padrón electoral continúa sin ser confiable —incluye menores de edad, fallecidos y duplicados, y excluye a otros que debieran estar incluidos—; el presupuesto no fue administrado con eficiencia; las denuncias y demandas no fueron procesadas; las juntas receptoras de votos no recibieron la capacitación adecuada; personal no autorizado permaneció en los recintos de votación, el 16 de marzo; los partidos, sobre todo los

de derecha, destacaron una nube de vigilantes alrededor de las mesas receptoras de votos, lo cual entorpeció e infundió temor a quienes desconocen el procedimiento; despliegues innecesarios de contingentes de policías especializados en mantener el orden y de soldados con armas automáticas, cuya sola presencia también infunde temor; compra e inducción al voto y traslado de electores de un sitio a otro para favorecer a un determinado candidato; documentación electoral fuera de control, etc.

ARENA tiene razones suficientes para considerarse el gran perdedor de estas elecciones. [...] El abandono de la agricultura, la de exportación y la de subsistencia, pero también las privatizaciones, una política social muy poco efectiva, el autoritarismo en la forma de ejercer el poder, la incapacidad para escuchar a los diversos sectores sociales y para negociar políticas nacionales, el apoyo incondicional a la política exterior de Estados Unidos, en particular la invasión a Irak están más relacionados con el resultado de las elecciones que los mecanismos internos del partido.

Considerados de forma aislada, estos hechos pueden ser interpretados como simples accidentes; pero tomados en su conjunto, ensombrecieron de tal manera el proceso electoral que ya no se pueden tomar como incidentes aislados, sino como parte de una cultura más amplia de la irregularidad —para no hablar de una cultura de la ilegalidad. Las autoridades, en especial las del Tribunal Supremo Electoral fueron incapaces de moderar la conducta de los partidos; tampoco se atrevieron a ejercer su autoridad y a sancionar a los culpables. En vista de ello, no se puede sino concluir que éste ha sido el proceso electoral menos transparente, desde los acuerdos de paz.

Esta debilidad inocultable del Tribunal Supremo Electoral está relacionada, de forma directa, con la polarización de la actividad política, la cual es más visible en la Asamblea Legislativa. Sus protagonistas principales son los dirigentes de ARENA y del FMLN, pero los del Partido de Conciliación Nacional han contribuido lo suyo, al subordinarse a aquél. Esa misma polarización paralizó al Tribunal Supremo Electoral y se extendió hasta abarcar a los militantes de los partidos políticos. Su efecto más nefasto fue la violencia que caracterizó a este proceso electoral —menosprecio del derecho de propiedad intelectual, destrucción de propaganda y, lo más grave, agresión verbal y física, con lesionados e incluso con varios muertos. De todas las elecciones posteriores a los acuerdos de paz, las recién pasadas han sido las más violentas, y también las menos limpias. Estas prácticas tan poco democráticas son fruto de la intolerancia de los dirigentes de los partidos, pero tam-

bién de su desesperación, cuando cayeron en la cuenta que no alcanzarían las metas que se habían propuesto.

La impresión general es que el Tribunal Supremo Electoral se mueve por inercia —tanto que uno de sus magistrados declaró que no era ni tribunal, ni supremo. No es extraño, entonces, que haya perdido el control del proceso casi desde sus primeras etapas y, en estos momentos, no tiene autoridad como para garantizar la legitimidad de las elecciones. De esta manera, confirma la sospecha de fraude que tiene esa mayoría que se niega a acudir a las urnas. El Tribunal Supremo Electoral adolece de la misma debilidad de las otras instituciones estatales. Sin embargo, su incompetencia no es mera casualidad, sino que el capital, al ponerlas a su servicio, las ha vuelto inútiles para cumplir con las atribuciones que, según la Constitución, les competen. Aun así, los empresarios de ARENA se quejaron porque, según ellos, la institución no le prestó suficiente ayuda al partido, con lo cual probablemente dijeron más de lo que se proponían, puesto que reconocen que el representante del partido en el Tribunal está para defender los votos de éste y no para velar por la institucionalidad estatal. En el contexto de estas elecciones, eso implica que las acciones de los representantes de los otros partidos los ayudaron a obtener un buen resultado. El señalamiento es grave. Se impone, pues, la reforma inmediata del Tribunal Supremo Electoral para despojar a los partidos del control que ejercen sobre él y para intentar dotarlo de independencia y autoridad real. Exceptuando a ARENA y al Partido de Conciliación Nacional, los otros se comprometieron a impulsar dicha reforma, pero es dudoso que tengan voluntad para llevarla hasta sus últimas consecuencias.

Los actores que no pueden ser pasados por alto son las empresas mediáticas, las cuales pusieron de manifiesto, una vez más, cómo el espacio público es un espacio mediático, donde la imagen y las personalidades predominaron sobre las instituciones y donde alimentaron la emotividad y menospreciaron la racionalidad y la ética. A lo largo de la campaña, estas empresas asumieron un papel determinante. Además de las usuales entrevistas matutinas, introdujeron una buena cantidad de debates para los candidatos, cuya modalidad preferida fue la confrontación. Así, aunque la finalidad formal era dar la oportunidad a los candidatos para ser sinceros con el público, acabó imponiéndose la polémica sobre la discusión, a partir de argumentos, con lo cual alimentaron la polarización. Aparte de la concepción pobre que estas empresas y muchos de sus presentadores tienen sobre el debate, la controversia vende más. Pero, entonces, el medio es concebido más como campo de batalla que como lugar para argumentar. Los conductores de estos programas —y, en último término, las empresas— sometieron a sus invitados a sus reglas y los trataron de acuerdo a su opción partidaria. Sin embargo, éstos no sufrieron la imposición con una actitud pasiva, sino que reaccionaron en consonancia con la postura política del medio y, además, aprovecharon el espacio para hacer propaganda gratis.

3. El futuro: una nueva elección y una reforma postergada

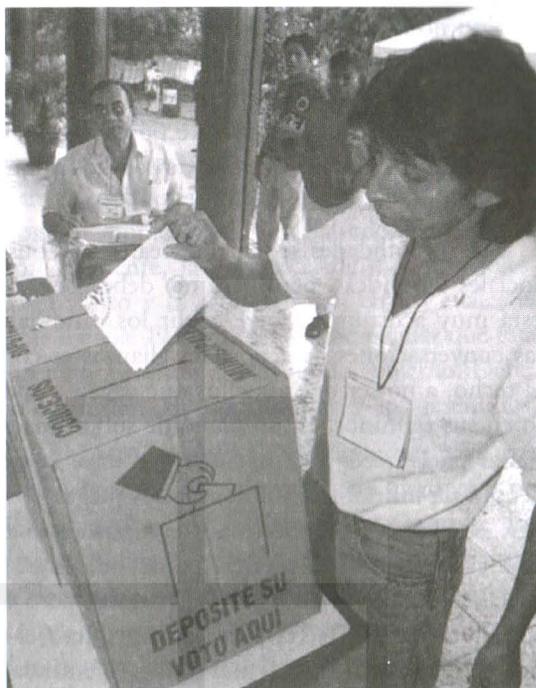
El futuro inmediato es la elección presidencial del próximo año; al menos, esa es la preocupación principal de los dos partidos grandes, en la práctica, los únicos con posibilidades reales. Ambos partidos enfrentan dilemas, los cuales, al final, remiten a la cuestión de la apertura a otros sectores y gremios y a la sociedad, y a la política social.

La crisis deja a ARENA ante el dilema de mantenerse fiel a sus principios ideológicos, lo cual supone continuar atendiendo las demandas de los pequeños grupos del gran capital, o abrirse a las necesidades y demandas de la mayoría de la población como estrategia de supervivencia. Es evidente que el partido sufre un fuerte desgaste, pues ya no despierta grandes entusiasmos, no moviliza a grandes masas de votantes, ni tampoco tiene credibilidad como para impactar a la opinión pública, tal como lo hacía hace tan sólo unos pocos años. Las elecciones del 16 de marzo cierran el ciclo de los grandes empresarios y técnicos exitosos de la época de Flores. Creyeron que ellos eran los llamados a rescatar la política salvadoreña de su crisis, que el partido podría funcionar como una empresa y que un éxito garantizaba el otro. De su éxito en la empresa, medido por su rápido y apabullante enriquecimiento, sacaron la conclusión, errónea, porque de lo uno no se seguía lo otro, de que podrían conducir el partido a un triunfo electoral aplastante. Creyeron que la población compartía la misma admiración que ellos se profesan a sí mismos por sus éxitos capitalistas. No sospecharon siquiera que la opinión popular juzga muy severamente el origen de sus riquezas. A la vista de los resultados, ARENA endilga al presidente Flores el fracaso electoral, la entrega del partido al gran capital y la asfixia social provocada por sus decisiones económicas.

En la medida en que el FMLN piensa que el cambio proviene de arriba, se asemeja a ARENA, en la forma de gobernar. Así, pues, si ganara las próximas elecciones, sin pactos políticos amplios, le será imposible, en la práctica, iniciar los cambios que promete e incluso le será muy difícil gobernar. Una vez en la oposición, la derecha desafiará su poder desde dentro y también desde fuera de la institucionalidad —tal como sucede en Venezuela. Si el FMLN llega al poder del ejecutivo y no puede cumplir sus promesas, se cerrará las puertas del poder durante muchos años.

ARENA no podrá contar con una política social sólida y eficaz mientras mantenga su alianza con el gran capital. Antes de prometer acercarse a la

población, tal como lo ha hecho de nuevo el presidente Flores —por segunda vez, durante su mandato—, primero debe resolver el conflicto de intereses que el cumplimiento de esta promesa crea, pues no coincide con las expectativas del gran capital. Su alianza con este último es el obstáculo principal para desarrollar la política social vigorosa que la gente está exigiendo. ARENA no puede gobernar de forma simultánea para la gente y el gran capital. Hasta ahora, ARENA ha optado por éste. Su dilema es que para volverse creíble debe em-



prender reformas sociales de gran envergadura, lo cual, sin duda, pone en sordina su alianza estratégica con el capital. La única alternativa real es ir más allá de las demandas de éste, pero para ello, el partido debe armonizar antes estos intereses con los de la gente para quien dice gobernar. De lo contrario, ARENA está condenado a repetir el fracaso en las urnas. El cambio puede ocurrir de dos formas. Por el camino fácil del populismo y el clientelismo barato, al estilo alcaldía de San Miguel. O bien, el cambio puede provenir por medio del compromiso con el fortalecimiento institucional para construir un Estado de derecho, que beneficie a las mayorías. Lo más probable es que ARENA opte por el oportunismo populista y no por la institucionalidad. En parte, porque tiene miedo a perder la dirección del poder ejecutivo y, en parte, porque no cree en otra alternancia en ese poder que no sea la suya.

El FMLN, convencido de su triunfo, se afana para encontrar la fórmula presidencial ideal con una intensidad que puede crear la falsa impresión de que no enfrenta ningún dilema. Pero no es así, pues el partido tiene que decidir si se abre a otros sectores sociales para construir una gran alianza para llegar a la presidencia del poder ejecutivo, lo cual incluye ampliar sus propuestas y, ciertamente, matizarlas, o continúa la batalla política solo, como hasta ahora. Al parecer, el FMLN calcula que no necesita de aliados, ni de apoyos amplios para ganar la presidencia el próximo año. Le basta, según cree, con su voto duro. Sin duda, tiene posibilidades para lograrlo solo, pero

el éxito no lo tiene asegurado. En sus cálculos debiera incluir que la derecha intentará construir una gran alianza en contra de “los rojos” para luego lanzar una cruzada. La dirigencia no debe perder de vista que en dos de los departamentos más densamente poblados y donde más se vota FMLN ganó el partido que menos perdió de los dos y que su crecimiento proviene de zonas donde hasta ahora no tenía fuerza.

Sus posibilidades serían más realistas si buscara alianzas con otras fuerzas sociales y políticas, pero para eso debe abrirse, cosa a la cual este partido no está muy acostumbrado. Decidir los candidatos antes de tener adelantadas las conversaciones para posibles alianzas es comenzar a construir la casa por el techo, a no ser que aquellos que vayan a apoyar al FMLN, deberán hacerlo en sus términos, en un plano de subordinación, lo cual le cierra oportunidades para crecer y le da, una vez más, la razón a sus detractores, que lo acusan de inflexible e intolerante. A juzgar por su peculiar manera de proceder, el FMLN se dispone a presentarse solo en las próximas elecciones, lo cual confirmaría que prefiere perder solo, que ganar con el apoyo de fuerzas sociales y políticas de fuera del partido, pero comprometidas con el cambio social. Lo sensato sería plantearse primero el tema de la apertura y buscar posibles apoyos, y sólo más tarde, identificar, entre todos, a los posibles candidatos. Los círculos de ARENA que envidian la fidelidad del FMLN a sus tradiciones partidarias se equivocan, porque, en este caso, esa no es una fortaleza. Es paradójico que ahora alaben e incluso envidien lo que antes tanto han criticado. El fracaso de ARENA no se debe a que haya hecho a un lado las tradiciones que lo identifican desde su fundación con la extrema derecha intransigente, sino a la ausencia de una política social y a la incapacidad de su gobierno para resolver los conflictos que esa carencia crea. En este punto, los dos partidos enfrentan el mismo dilema de abrirse o aferrarse a sus posiciones, aunque los énfasis de dicha apertura son diferentes.

Este dilema sobre la apertura da paso a otro, cuyas consecuencias pueden ser trascendentales. En caso de ganar las elecciones del año próximo, el FMLN no parece plantearse con seriedad cómo gobernará sin el apoyo de esa mayoría que no vota por él —ni por ningún otro partido—, porque no le da confianza. Esta cuestión es crítica, cuando se piensa que pretenderá impulsar una serie de transformaciones importantes desde el poder. A esto hay que agregar que la derecha, cuya fuerza no es despreciable, se le opondrá firmemente. En la medida en que el FMLN piensa que el cambio proviene de arriba, se asemeja a ARENA, en la forma de gobernar. Así, pues, si ganara las próximas elecciones, sin pactos políticos amplios, le será imposible, en la práctica, iniciar los cambios que promete e incluso le será muy difícil gobernar. Una vez en la oposición, la derecha desafiará su poder desde dentro y también desde fuera de la institucionalidad —tal como sucede en Venezuela. Si el FMLN llega al poder del ejecutivo y no puede cumplir sus promesas, se cerrará las puertas del poder durante muchos años.

El FMLN, por otro lado, necesita de contrapesos internos y externos. Con facilidad, el poder lo puede llevar a adoptar formas autoritarias para ejercer el poder y también a la corrupción, al igual que ARENA, en la actualidad. Los contrapesos contribuirían a atemperar estas tendencias, hasta cierto punto naturales y, a veces, irresistibles. Este señalamiento no es hipotético, puesto que esas inclinaciones se observan ya en algunos gobiernos locales y lo que es más preocupante, en el nuevo concejo municipal de San Salvador. Una de las virtudes de la democracia es, precisamente, la existencia de esos controles, cuya función primaria es evitar el abuso y la arbitrariedad, en los cuales el poder cae con facilidad, por simple inercia. El FMLN no debe olvidar que esta es una de las lacras que más daño ha ocasionado al partido de gobierno. Debe, pues, cuidarse mucho de los revanchistas, los oportunistas y los resentidos.

En estos momentos, tanto ARENA como el FMLN se aprestan para una contienda que, ambos, consideran decisiva. El primero tiene claro que no puede permitir al segundo ejercer la presidencia del poder ejecutivo. En consecuencia, ya puso en marcha su poderosa maquinaria electoral. Dada la trascendencia que esta elección tiene para el partido, surge la duda de si sus actividades se mantendrán siempre apegadas a la institucionalidad o si la incertidumbre y la inseguridad lo conducirán a prácticas ilegales o incluso al uso de la violencia para impedir el triunfo de su adversario histórico. La duda no es gratuita, pues sus dirigentes más connotados están acostumbrados a reaccionar más emotiva que racionalmente. Una reacción emotiva y un análisis deficiente pueden llevar a este partido a cometer nuevos errores graves, que pondrían en evidencia cuán poco tolerable resulta la democracia para la oligarquía salvadoreña. La primera prueba, en esta nueva coyuntura, es la elección de la nueva junta directiva de la Asamblea Legislativa. No permitir al FMLN ocupar su presidencia, cuando le corresponde, según la ley y la costumbre, arroja serias dudas sobre si lo dejarán llegar a la del poder ejecutivo, en caso de ganar las próximas elecciones.

ARENA no sabe manejar bien su propio miedo. Para la dirección de este partido y para el gran capital es inconcebible no dirigir el poder ejecutivo. Sin embargo, las elecciones recién pasadas abrieron la posibilidad real para que se produjera la alternancia en este poder —un tema frecuente del discurso democrático— y así lo ha captado ARENA. Pero su dirigencia, en lugar de reaccionar a este desafío con audacia y creatividad, se dispone a atrincherarse en sus viejas ideas, presa del pánico. ARENA es un partido acostumbrado a tener todo el poder. Por eso, no tolera a una oposición que pueda modificar o frenar sus planes, ni una discusión franca y abierta de los problemas que pudiera poner en evidencia la debilidad de sus argumentaciones. En una palabra, es un partido que no se lleva bien con la democratización. Por lo tanto, se le hace insufrible no estar en el poder ejecutivo. Padece del mismo vicio que el gran capital salvadoreño. Las empresas mediáticas ilustran este apego al poder total. Es dudoso que éstas hayan aprendido la lec-

ción de las elecciones pasadas, que las dejaron ante el siguiente dilema: optar por cambiar de estrategia y volverse más independientes y críticas de la realidad nacional y del Estado, con lo cual recuperarían parte de su credibilidad y contribuirían a la construcción de una cultura democrática, o bien optan por insistir en esa estrategia, con lo cual aumentan el nivel de confrontación social, alimentan la polarización política y hacen de la campaña presidencial una cruzada. Lo más probable es que el miedo y la cortedad de la visión política las arrastren hacia este extremo, aun cuando ya se ha comprobado que no produce buenos resultados. De insistir en ello, podrían obtener más de lo mismo, pero con un costo muy elevado para una sociedad necesitada de tolerancia y democracia.

A mediano plazo, la reforma electoral es una necesidad. Pero los partidos que están a favor de ella no tienen la mayoría legislativa. Ahora bien, aunque necesaria, la reforma, en sí misma, no hará al proceso más confiable y limpio. Lo más urgente es despojar a los partidos políticos del control del Tribunal Supremo Electoral y del proceso mismo, porque resultan que son juez y parte a la vez. Pero esto no es posible sin una reforma constitucional, la cual debe ser aprobada antes del 30 de abril. En caso contrario, la reforma se postergará, de tal manera que el Tribunal Supremo Electoral, elegido en el año 2004, será el mismo hasta el año 2009, cuando de nuevo coinciden las tres elecciones. Es intolerable que la ciudadanía deba permanecer tanto tiempo como rehén de la voluntad de los partidos políticos. Pero ello es insuficiente, porque el factor determinante es la actitud y el comportamiento de la población. La ley y la institucionalidad pueden estar a punto, pero si la ciudadanía se mantiene alejada de las urnas, no se avanzará en representatividad; si la sociedad no rechaza de manera más activa la trampa y la ilegalidad y si los políticos y sus partidos, por otro lado, no asumen la institucionalidad democrática no se avanzará en limpieza, pues siempre encontrarán subterfugios para salirse con la suya.

San Salvador, 11 de abril de 2003.